

o de lo malo, ni a las exigencias que se hagan para satisfacer la propia convicción. En este terreno objetivo el derecho de apreciación tiene validez como apreciación de lo *legal* o *ilegal*, del derecho vigente, y se limita a su significado más próximo, el de *conocer*, en el sentido de *estar enterado*, lo que es legal y obligatorio. Con la publicidad de las leyes y la universalidad de las costumbres el estado quita al derecho de apreciación su lado formal y la contingencia que todavía tiene para el sujeto desde el punto de vista en que ahora nos hallamos.

El derecho del sujeto de conocer la acción en su determinación de *buena* o *mala*, legal o ilegal, tiene en el caso de los niños, idiotas y locos, también según este aspecto, la consecuencia de disminuir o eliminar su responsabilidad. No se puede establecer sin embargo un límite determinado para estos estados y sus responsabilidades. Convertir la ofuscación momentánea, el desequilibrio provocado por la pasión, la ebriedad, en general lo que se llama fuerza de los móviles sensibles —con exclusión de lo que funda un derecho de emergencia (§ 120)—, en fundamento para la responsabilidad y la determinación del *delito* mismo y de su *penalidad*, y considerar que tales circunstancias eliminan la *responsabilidad culposa* del delincuente, equivale a no tratarlo de acuerdo con el derecho y el honor que corresponden al hombre (cf. §§ 100, 109). Su naturaleza es, por el contrario, ser un universal y no un ser abstracto y momentáneo, ligado sólo esporádicamente al saber. Así como el incendiario no sólo quema la pequeña superficie de madera a la que acerca la llama, sino que con ella quema la totalidad, la casa, así también el como sujeto no es la singularidad de ese momento ni la aislada sensación del ardor de la venganza. Si así fuera, sería un animal al que habría que eliminar a causa de su nocividad y de la inseguridad que provoca su sometimiento a accesos de furia. La exigencia de que el delincuente en el momento de la acción se *represente claramente* su injusticia y punibilidad, si bien parece preservar el derecho de su subjetividad moral, le niega, por el contrario, la naturaleza inchi-

gente inmanente. Ésta, en su presencia activa, no responde a la imagen psicológico-wolffiana de *representación clara*, y sólo en el delirio llega a un grado de locura tal como para estar separada del saber y de la acción de cosas singulares. La esfera en la que esas circunstancias pueden ser motivos para suavizar la pena no es la del derecho, sino la de la *gracia*.

§ 133. El bien tiene con el sujeto particular la relación de ser lo *esencial* de su voluntad, que por lo tanto tiene en él su *obligación*. Puesto que la particularidad se diferencia del bien y cae en la voluntad subjetiva, el bien tiene en primer lugar sólo la determinación de la *esencialidad universal abstracta*, del *deber*. A causa de esta determinación se debe cumplir el *deber por el deber mismo*.

Agregado. Lo esencial de la voluntad es para mí un deber. Si sólo sé que el bien es para mí un deber, permanezco todavía en su abstracción. Debo cumplir con el deber por el deber mismo, y lo que realizo en el deber es mi propia objetividad, en sentido verdadero: cumpliéndolo estoy conmigo mismo y soy libre. El mérito y la elevación de la filosofía práctica *kantiana* han consistido en poner de relieve este significado del deber.

§ 134. Puesto que el actuar exige por sí un contenido particular y un fin determinado que la noción abstracta de deber aún no contiene, surge la pregunta: ¿qué es el deber? Para esta determinación sólo se presenta en un primer momento lo siguiente: actuar conforme al *derecho* y preocuparse por el *bienestar*, tanto por el propio como por su determinación universal, el bienestar de los demás (véase § 119).

Agregado. Es la misma pregunta que le fue dirigida a Cristo cuando se quiso saber de él qué se debía hacer para alcanzar la vida eterna. Lo universal del bien, lo abstracto, no puede ser rea-

de la representación de

lizado de modo abstracto, y tiene que tener por lo tanto también la determinación de la particularidad.

§ 135. Estas determinaciones no están, sin embargo, contenidas en la determinación misma del deber, sino que, dado que ambas son condicionadas y limitadas, ocasionan el tránsito a la esfera más elevada de lo *incondicionado* del deber. Al deber mismo, que mientras está en la autoconciencia moral constituye lo esencial o lo universal de ella, y en cuanto tal se refiere sólo a sí en el interior de sí, sólo le queda la universalidad abstracta. Tiene, por lo tanto, como determinación la *identidad carente de contenido*, lo *positivo* abstracto, lo que no posee determinación.

Obs. Es sin duda esencial poner de relieve que la autodeterminación de la voluntad es la raíz del deber. Por su intermedio el conocimiento de la voluntad ha ganado en la filosofía kantiana por primera vez un fundamento y un punto de partida firmes con el pensamiento de su autonomía infinita (véase § 133). Pero, en la misma medida, el permanecer en el mero punto de vista moral sin pasar al concepto de la *eticidad*, convierte aquel mérito en un *vacío formalismo* y la ciencia moral en una retórica acerca del *deber por el deber* misma. Desde este punto de vista no es posible ninguna doctrina immanente del deber. Se puede aportar una materia dada *del exterior* y llegar así a deberes particulares; pero si se parte de la determinación del deber como *falta de contradicción* o *condancia formal consigo mismo*, que no es otra cosa que el establecimiento de la *indeterminación abstracta*, no se puede pasar a la determinación de deberes particulares. Tampoco hay en ese principio ningún criterio que permita decidir si un contenido particular que se le presente al agente es o no un deber. Por el contrario, todo modo de proceder injusto e inmoral puede ser justificado de esta manera. La expresión kantiana más precisa que establece la capacidad de una acción para ser representada como máxima universal, lleva con-

signo la representación más concreta de una situación, pero no contiene por sí otro principio que no sea la carencia de contradicción y la identidad formal ya citadas. Que no haya *ninguna propiedad* no contiene por sí ninguna contradicción; como tampoco la encierra el hecho de que este pueblo singular o esta familia no exista, o que en general *no viva ningún hombre*. Si, por otro lado, se admite y supone que la propiedad y la vida humana deben existir y ser respetadas, entonces cometer un robo o un asesinato es una contradicción; una contradicción sólo puede surgir con algo que es, con un contenido que subyace previamente como principio firme. Sólo con referencia a un principio semejante una acción es concordante o contradictoria. Pero el deber que debe ser querido sólo en cuanto tal y no a causa de un contenido, la *identidad formal*, consiste precisamente en la eliminación de todo contenido y determinación.

Las restantes antinomias y configuraciones del eterno *deber ser* por las que deambula el principio meramente moral de la *relación* sin resolverse y sin elevarse por encima del deber ser, las he desarrollado en la *Fenomenología del espíritu*, pp. 550 y ss.; cf. también *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, §§ 420 y ss.⁵⁰

Agregado. Anteriormente pusimos de relieve el punto de vista de la filosofía kantiana, porque al plantear la conformidad del deber con la razón representa una perspectiva elevada, pero ahora hay que poner al descubierto su carencia: la falta de toda articulación. En efecto, la proposición: «considera si tu máxima puede ser tomada como principio universal», sería muy buena si ya dispusiéramos de principios determinados sobre lo que hay que hacer. Si exigimos de un principio que sea también determinación de una legislación universal, se le supone entonces un contenido, que, cuando está presente, conduce fácilmente a la aplicación. Pero en este caso no está presente ni siquiera el principio mismo y el cri-

50. *Fenomenología*, trad. cit., pp. 352 y ss.; *Enciclopedia*, 3.ª ed., §§ 507 y ss.

terio de que no debe haber contradicción no produce nada, porque allí donde no hay nada tampoco puede haber contradicción.

§ 136. A causa de la constitución abstracta del bien, el otro momento de la idea, la *particularidad*, cae en la subjetividad, que, en su universalidad reflejada sobre sí, es en su interior la absoluta certeza de sí misma, lo que pone la particularidad, lo que determina y decide, la *conciencia moral*.

Agregado. Se puede hablar del deber de un modo elevado, y esto coloca al hombre en una situación superior y abre su corazón; pero si no se lo determina se convierte finalmente en algo aburrido: el espíritu exige una particularidad a la que tiene derecho. La conciencia moral es, por el contrario, esa profunda soledad interior en la que desaparece toda exterioridad y toda determinación, es el retirarse a sí de todo sin excepción. En cuanto conciencia moral, el hombre no está ya encadenado a los fines de la particularidad, lo que hace de ella un punto de vista más elevado, el punto de vista del mundo moderno, que es el primero que ha llegado a esta conciencia, a este hundimiento dentro de sí. Las épocas anteriores, más ligadas a la sensibilidad, tenían ante sí algo exterior, dado, que podía corresponder a la religión o al derecho; la conciencia moral, en cambio, se sabe a sí misma como pensamiento, y sabe que ni pensamiento es lo único que me obliga.

§ 137. La verdadera conciencia moral es la disposición de querer lo *en y por sí* bueno. Tiene por lo tanto principios firmes, y éstos son para ella determinaciones objetivas por sí y deberes. Diferente de este contenido suyo, de la verdad, ella es sólo el *aspecto formal* de la actividad de la voluntad, que en cuanto *esta* voluntad no tiene contenido propio. El sistema objetivo de estos principios y deberes y la unión del saber subjetivo con ellos sólo aparecerá desde el punto de vista de la eticidad. Desde el punto de vista formal de la moralidad la conciencia moral no tiene este contenido ob-